

# Estación: Patria ajena

**María José Caro León Velarde**

*Madrid es como una maternidad para los viajeros.  
Aquí todo empieza y yo tenía ganas de borrar el lado A de un disco sin éxitos.  
El lado B es este que empieza, como todo aquí, en Madrid.*

Sergio Galarza

Entran dos hombres al vagón. Sus palabras se cuelan a través de mis audífonos. Hablan de la crisis económica y de cómo España se está volviendo un país tercermundista. Me pregunto si realmente entienden la magnitud de lo que dicen. Subo el volumen de mi reproductor de música. Clavo mis ojos en el mapa de estaciones que se encuentra sobre la puerta del tren. Argüelles, Moncloa, Ciudad Universitaria. Faltan aún tres paradas. Mi mente ronda por Lima. Pienso en el sobrino que conoceré cuando regrese. Pienso en que todas las cuerdas emocionales que me sostienen están allá, y que aquí, casi no existo. Soy anónima e insignificante. Visito librerías y paseo en bus. Me inscribo en bibliotecas y me llevo libros de tres en tres. En Madrid

no tengo pasado, o si lo tengo, es solo una maraña que aparece cuando abro la boca y se define a partir de la persona con quien converso. ¿Cómo serán mi casa y mi familia en ese pasado alternativo?

Suena el silbato una vez más. Las compuertas del tren van a cerrarse. Alzo la mirada y caigo en la cuenta de que estamos en la estación Guzmán el Bueno. Dos paradas posteriores a mi destino. Como dirían aquí, "se me ha ido la olla". Salto despavorida y abandono el vehículo. El tren de la línea Circular sigue su curso eterno. Es la única línea de Metro que funciona como carrusel. Cambio de andén para rebobinar mi camino, sobre las vías un letrero anuncia que el próximo tren llega en dos minutos.





Entonces los escucho cantar.

No es cierto que los peruanos no tenemos acento. Todavía no puedo afirmar en qué consiste pero lo identifico. Está en las estaciones del Metro, en las colas del hipermercado. Los escucho y sé que hemos salido de la misma caja de alfileres. Me reconozco reflejada en otro y algo dentro de mí se inquieta. Si yo también estoy hablando, me miran. Nos observamos con curiosidad, como cuando los perros en un parque reconocen a los de su condición.

Subo al tren y me detengo junto a la compuerta hasta llegar a Ciudad Universitaria. Hoy tengo clase de Texto, Discurso y Comunicación. Camino hacia la Facultad paraguas en mano. Dejo atrás la Oficina de Rectorado y la Facultad de Medicina. Me pongo a pensar en cómo mi habitación está dejando de ser genérica. En cómo poco a poco tengo algunos libros usados y hasta una fotografía de los años cincuenta. La compré por ochenta centavos en el barrio de Malasaña. Entonces recuerdo esa frase que dice que los nómadas no tienen historia, solo geografía. Que la vida se experimenta en solitario y que este viaje ahondará más la brecha que existe entre el mundo y yo. Es como una incisión inoperable que abarca varias capas de piel. Encuentro una nota en la puerta del aula: "Hoy la clase es en el Paraninfo de Filología". Aparecen Orlando, Marta, Wang y

Marina; son de Colombia, Canarias, Mongolia y Albacete, respectivamente. Transitamos por las calles de Ciudad Universitaria. Hay una protesta por el conflicto en el Sahara. Más adelante una banderola del movimiento feminista. En la parada de autobús se ofrecen cursos de guitarra. Wang nos cuenta que en China no existe el Facebook. Al principio me costaba conversarle. Ahora sé que las personas, así sean de China, hablan básicamente de lo mismo.

Joaquín nos espera en la puerta del auditorio. Es un lingüista apasionado. Trabajaría en un laboratorio si las letras cupieran en tubos de ensayo. La clase de hoy es un concierto de música celta. Nos dice que el género es de Galicia. Que la única conexión entre el concierto y el curso es que en Galicia se habla gallego. Se ríe. Me pregunta si ya leí *El sueño del celta*. Le digo que lo haré en las vacaciones. La verdad será cuando llegue a las bibliotecas. Aquí no compro libros. Solo lo hago en librerías de segunda mano. Las visito en actitud compulsiva al menos una vez por mes, esperando encontrar algún ejemplar autografiado o casi extinto. O quizá alguno cuya dedicatoria misteriosa convierta mi vida en una novela de Paul Auster.

Las librerías de segunda mano se erigen en el Barrio de las Letras comandadas por libreros que no actúan como vendedores, sino como celadores de lo que en los libros se encuen-



tra. He cambiado mis hábitos por el bien de mis finanzas. Ahora vivo de las bibliotecas, como en Lima vivía de las tiendas de libros. En Madrid, Mario Vargas Llosa es omnipresente. Sus obras se encuentran en máquinas expendedoras en las estaciones de ferrocarril. Incluso en el vestido de una conductora de *reality show*. El concierto celta dura una hora y es como si estuviésemos en la Europa medieval. Imagino cantinas, caballeros y bailarinas. En seguida, pienso en el Perú y en lo triste que son sus huainos. Recuerdo a mi ex nana y cómo cada vez que conversamos por videoconferencia, rompe a llorar. Le digo que no estoy tan lejos. "Solo nos separan un avión y dos aeropuertos". Me pregunto en qué sentimiento se convierte la nostalgia una vez finalizada la ausencia. En qué casos nos devuelve a la caja de alfileres siendo mejores personas.

En las calles ha dejado de llover. Solo quedan rastros de sal en la acera. La utilizan para impedir que la gente resbale al piso por el agua. Me siento aliviada; no sé manejar el paraguas. He quebrado dos por no comprender cómo funciona el viento. Una mujer ciega marcha junto a un *golden retriever*. Mi perro no entiende de videoconferencias. No gira la cabeza al escuchar mi voz. Para Khia no hay nadie en el computador. Duele. Me siento igual que esos fantasmas que se creen vivos e intentan llamar la atención en su funeral. Camino junto a Orlando hasta la estación del

Metro. Nos detenemos junto a las escaleras y enciende un cigarro. Ha cambiado de piso. Ahora comparte departamento con una uzbeka y una moldava. Está harto de la pulcritud de Europa Oriental y de las feromonas, por eso su destino es el estadio Vicente Calderón. Todavía no conozco a hinchas del Real Madrid. Tampoco a simpatizantes del Partido Popular. El cigarro se consume y empieza nuestro descenso. La red del Metro es totalmente ajena a la ciudad. Túneles asépticos debajo de edificios, museos, palacios e iglesias. Una ciudad subterránea donde nadie ha de quedarse.



Las compuertas del tren se cierran. Una vez más estoy sola en la Circular. Pienso en mis quehaceres de corto, mediano y largo plazo. En la cena. En que no como suficientes verduras. En que el martes tendré mi tarjeta de residencia. En que en cinco meses veré a mi familia. Cuando llegue a Lima el tren eléctrico estará funcionando. Tendré un nuevo sobrino y mi madre tendrá un año más. Mi hermano ocupará una oficina más grande. Mi perro habrá envejecido siete años para los de su especie y yo resucitaré ante sus ojos. Moncloa, Argüelles, Príncipe Pío. Faltan ocho paradas para llegar a casa. O al menos, a esta versión madrileña con una cama maltendida y alimentación basada en atún y fideos. El vagón está

abarroto de pasajeros. Cada quien sumido en su propio viaje. Una mujer negra juega al sudoku. Dos jóvenes discuten acerca de lo *gilipollas* que es un tal Marcos. Un hombre duerme con las fauces abiertas. Ronca como si su respiración estuviese sincronizada con el propio girar del mundo. Pienso en cómo yo nunca he sido capaz de dormir en lugares públicos. No hay espacio en el vagón donde pueda clavar los ojos sin toparme con un ser humano. Así que apelo a la vieja solución de siempre. A esa que me defiende de mí o del resto y hoy convive con textos de Sociología de la Comunicación. A esa que según David Foster Wallace da paz a los inquietos e inquieta a los calmos. Abro mi bolso. ¿Será Ray Loriga o Allen Ginsberg?